

CAPÍTULO I

Junto al charlatán moribundo

Habían salido a buscar al médico de Bourron antes de las seis. Alrededor de las ocho llegaron a ver la representación algunos lugareños, a quienes se informó de cómo estaba el asunto. Les pareció una libertad excesiva que un charlatán cayera enfermo como la gente de verdad, así que se fueron de mala gana. A eso de las diez Madame Tentaillon estaba ya muy alarmada, y había mandado a buscar al doctor Desprez.

Cuando llegó el mensajero el doctor estaba trabajando en sus manuscritos en un rincón del saloncito de su casa, y su esposa, en otro rincón, dormida junto al fuego.

—¡Sapristi! —exclamó el Doctor,—. Tenían que haberme mandado llamar antes. Es un caso de urgencia.

Y salió tras el mensajero tal y como estaba, en zapatillas y con el gorro de andar por casa.

La posada no estaba ni a treinta yardas de distancia, pero el mensajero no se detuvo allí: siguió caminando, entró por una puerta y salió por otra de las que daban al patio; luego subió, por un tramo de escaleras que había a un costado del establo, hasta el sobrado, donde yacía el charlatán enfermo. El doctor Desprez no olvidaría su entrada en aquella sala ni aunque viviera un millar de años: y no solo por lo pintoresco de la escena, sino porque aquel momento marcó un hito en su vida. Siempre consideramos nuestra existencia, no sé por qué, a partir de la fecha en que hacemos nuestra primera aparición desafortunada en sociedad... algo así como nuestra primera humillación: no hay actor que salga a escena con menos gracia. Sin irnos más atrás de la cuenta, lo que resultaría intrusivo en exceso, hay en las vidas de todos nosotros muchos incidentes decisivos que nos hacen avanzar, y que pueden constituir un período tan lógico como el que se computa desde el nacimiento. El doctor Desprez, por ejemplo, un hombre que pasaba los cuarenta, que había fracasado en la vida y que además estaba casado, se encontró ante un nuevo punto de partida al abrir la puerta del sobrado que había encima del establo de Tentaillon.

Era una estancia amplia, iluminada solo por una candela depositada en el suelo. El charlatán estaba

en un jergón, tendido boca arriba: era un hombre corpulento, con una nariz quijotesca inflamada por la bebida. Madame Tentaillon, estaba inclinada sobre él, aplicándole en los pies una cataplasma de agua caliente y mostaza. Al lado, sentado en una silla y con los pies colgando, había un muchacho de once o doce años. Esos tres eran los únicos ocupantes de la habitación, si exceptuamos las sombras. Las sombras constituían, por sí mismas, compañía. La amplitud de la estancia las exageraba, dotándolas de unas magnitudes gigantescas: desde la posición de la vela, sobre el suelo, la luz se elevaba produciendo escorzos deformados. El perfil del charlatán se reflejaba en la pared, tan aumentado que parecía una caricatura; resultaba extraño ver cómo la nariz se le alargaba y se le acortaba al mover el aire la llama de la vela. En cuanto a Madame Tentaillon, su sombra no era más que una montaña informe, unos hombros corcovados sobre los que aparecía, de vez en cuando, el hemisferio de la cabeza. Las patas de las sillas se abrían hacia afuera, largas como zancos, y el niño, sentado encima, parecía una nube sobre el caballete de un tejado.

Al doctor le hizo gracia el muchacho. Tenía un cráneo grande, abovedado; la frente y las manos de un músico; los ojos, evocadores, no solo eran grandes, inmutables, del más suave tono castaño y con un matiz rojizo: tenían además una expresión que cautivó al médico, aparte de hacerlo sen-

tir algo incómodo. Estaba seguro de haber visto antes aquella mirada, pero no conseguía recordar cómo ni dónde. Era como si el muchacho, que era un completo desconocido, tuviera los ojos de un viejo amigo o de un antiguo enemigo. El muchacho no le daba tregua; parecía completamente indiferente a lo que estaba ocurriendo y, con las manos recogidas sobre el regazo, golpeaba suavemente con el pie los travesaños de la silla. Los ojos, sin embargo, seguían al médico en sus desplazamientos con una meditada fijeza en la mirada. Desprez no conseguía decidirse: no sabía si el muchacho estaba fascinado por él, o él fascinado por el muchacho. Se entregó a la atención del enfermo, hizo algunas preguntas, le tomó el pulso, hizo algún comentario jocoso, se puso interesante y empezó a maldecir; pero cada vez que volvía la cabeza allí estaban aquellos ojos pardos esperándole con la misma mirada inquisitiva y melancólica.

Al final el doctor dio, de pronto, con la solución. Recordó entonces la mirada. El jovencito, aunque era espigado como un junco, tenía los ojos que suelen acompañar a los cheposos. El niño no era contrahecho, en absoluto, pero daba la impresión de que los ojos que miraban desde debajo de sus cejas eran los de una persona contrahecha. El doctor inspiró una larga bocanada de aire. Se sentía muy aliviado por haber dado al fin con una teoría

(le encantaban las teorías) con la que pudiera justificar su interés.

A pesar de todo despachó al enfermo con una premura nada usual y, todavía junto a él, con una rodilla apoyada en el suelo, se giró levemente y contempló al chiquillo a su antojo. El niño no se incomodó en absoluto: devolvió la mirada al doctor, con gesto plácido.

—¿Es tu padre? —preguntó Desprez.

—No, no —respondió el chico—. Es mi amo.

—¿Le tienes afecto? —continuó el médico.

—No, señor —dijo el chico.

Madame Tentailon y Desprez intercambiaron expresivas miradas.

—Eso no es bueno, hombrecito —concluyó este último con un tono severo en sus palabras—. Todos deberíamos apreciar a los moribundos, o bien disimular nuestros sentimientos: y tu amo se está muriendo. Si yo hubiera visto a un pajarillo robándose las cerezas, habría sentido cierta decepción al verlo volar sobre el muro del jardín, adentrarse en el bosque y desaparecer. ¡Qué no haremos entonces por una criatura como esta, fuerte, astuta, dotada de tantas facultades! Al pensar que dentro de unas horas se silenciará su voz, se agotará su aliento, y hasta su sombra desaparecerá de la pared, a mí, que no lo había visto nunca, y esta dama, que solo lo ha tratado como huésped, nos mueve cierto afecto.

El chico se quedó callado un momento: daba la impresión de que estaba reflexionando.

—Usted no lo conocía —respondió al fin—. Era un mal hombre.

—Es un pequeño pagano —dijo la posadera—. Son todos iguales: charlatanes, saltimbanquis, cómicos, unos y otros. No tienen nada dentro.

Pero el doctor seguía observando al pequeño pagano con las cejas prietas y levantadas.

—¿Cómo te llamas?

—Jean-Marie —dijo el chico.

Desprez corrió hacia él, presa de uno de sus repentinos accesos de emoción y le tocó la cabeza para estudiarla desde el punto de vista etnológico.

—¡Celta, celta! —exclamó.

—¡Celta! —gritó Madame Tentaillon, que tal vez había confundido aquella palabra con «hidrocefalia»—. ¡Pobre muchacho! ¿Es grave?

—Depende —respondió el doctor con determinación. Luego, dirigiéndose de nuevo al niño, le preguntó—: ¿Y cómo te ganas la vida, Jean-Marie?

—Dando volteretas —fue la respuesta.

—Así que... dando volteretas... —repitió Desprez—. Seguramente es una actividad saludable. Me aventuro a considerar, Madame Tentaillon, que dar volteretas es un modo de vida saludable... ¿y nunca has hecho otra cosa, aparte de dar volteretas?

—Antes de aprender eso... robaba —respondió Jean-Marie en tono serio.

—Eres un hombrecito muy sensato para tu edad, a fe mía —exclamó el doctor—. Madame, cuando llegue mi *confrère* de Bourron, tenga a bien comunicarle mi opinión desfavorable. En sus manos dejo el caso pero, naturalmente, ante cualquier síntoma que resulte alarmante, y sobre todo si hubiera alguna señal de mejoría, no dude en llamarme. Yo ya no soy médico, gracias a Dios, pero lo he sido. Buenas noches, Madame. Que duermas bien, Jean-Marie.

